

Algunos, a fin de que no cometan la crueldad de pedir al volumen lo que él no contiene. Es bellísimo como evocación humana; contiene párrafos tiernos, anécdotas picantes, diálogos reveladores, observaciones agudas e inesperadas, ironías sutiles y algunas, menos sutiles, arrolladoras; diseña ambientes al paso, evoca sujetos descentrados, neurasténicos, de quienes apenas cabe citar los nombres; avanza, en fin, aun cuando a grandes intervalos, algunos discretos juicios políticos por los cuales podría entrar a juzgarse el credo del autor. Es, además, indispensable para seguir por dentro, en la intimidad, la evolución de algunos escritores a quienes González Vera ha sorprendido cuando estaban más descuidados, ya escribiendo en su mesita, ya vagando por la calle. Pero no es una obra de crítica literaria, y no podrá sustituir a las que más adelante se escriban sobre esos mismos escritores chilenos para decir cómo sentían su arte y cómo lo llevaron a cabo.

Insisto en que esta definición provisional de *Algunos* no implica en nada desestimar su aportación a las letras chilenas. Siguiendo el camino abierto en *Cuando era muchacho* (1950), quiere González Vera contar cuanto sabe de unos cuantos escritores chilenos, de *algunos*, de los que ha logrado conocer más o fondo, y lo alcanza plenamente, en un libro sonriente, liviano, de fácil lectura, repleto de pequeños hechos significativos. A veces lastima un poco la ironía, ya que, como se vio por la primera cita que hicimos, el autor se deja llevar no poco de su inclinación a la caricatura; pero a la larga todo ello se perdona y se olvida. *Algunos* contiene datos importantes que habrá de recoger la historia literaria, y antes que eso, atrae al lector corriente, al cual, según todo hace esperar, familiarizará con la literatura chilena, y no por camino difícil sino por el más grato de todos, el de la sonrisa. Y esto, en un país donde ha sido moneda de curso frecuente el desprecio enconado, agresivo, contra las letras chilenas y quienes las cultivan, es mucho decir, y debe decirse en elogio abierto e incondicional de González Vera.

RAÚL SILVA CASTRO.

*

Ultima Llama, novela de LUIS MERINO REYES.

Editorial Nascimento, 1959, por Francisco Dussuel S. J.

CUANDO HACE POCAS SEMANAS comentamos *Duermevela de Amor*, destacamos la intensidad vital de su tensión pasional. El grito existencial que se anunciaba desde lejos, cobraba de pronto dimensiones, se abría paso con la ve-

hemencia del huracán, se imponía con estruendo, se expandía en remansos, imploraba, añoraba, gemía con dolor, volvía las espaldas y retornaba sumiso a la dulce huella de lo justamente amado, del recuerdo imborrable del primer amor.

No fue necesario acudir a los principios de la sicología profunda ni a los laberintos de la "Gestal Theorie", para comprender que a través de ese delirio lírico, estaba palpitante y a flor de piel, la angustia de un ser aprisionado, violentamente atraído, amargamente aniquilado.

Y ahora una novela, "Ultima Llama"

El tema no es novedoso en lo anecdótico, pero adquiere dimensiones por el planteamiento síquico del protagonista.

Javier y Filomena se aman y constituyen un hogar feliz. Ella es una mujer ejemplar, entregada de lleno al cuidado de sus cuatro hijos, resignada y paciente, pues una adivina escrutó el futuro de su esposo y la tranquilizó al vaticinarle un retorno afectivo no muy lejano. Javier vive bajo el despótico dominio del "demon du midi". El embrujo de esa efímera juventud lo enloquece con sus arranques pasionales, con el sabor agridulce de los juegos prohibidos. No se ha extinguido en él la inquietud del remordimiento, pero es importante frente a Ofelia, mente paradójal, no muy clara, que le sirve de válvula de escape. Después de un frustrado viaje a Europa, retorna a su hogar y experimenta de nuevo la atracción de Ofelia, pero ésta ya no es la misma y se alejan para siempre.

Ultima Llama es un título perfectamente acorde con la realidad psicológica. Esta "Ultima Llama" se enciende viva y crepitante en Javier, para extinguirse luego y quedar reducida a un pabilo maloliente. Lo vital se afloja y cede por la parte más débil, Javier, ya que Ofelia tiene aún por delante mucho camino que recorrer. Su moral es acomodaticia y sin prejuicios; un nuevo amante sólo le exige el pequeño esfuerzo de arrojar lejos de sí al anterior, como un trasto viejo e inservible.

Luis Merino Reyes describe escenas crudamente realistas, rayanas casi con la pornografía. No tenía por qué detenerse y volver sobre lo mismo, cuando la urdimbre de su novela le ofrecía posibilidades tan generosas, que él hubiera podido aprovechar. De todos modos hay aquí auscultación más honda que en "Regazo Amargo", planificación más convincente y dinamismo más arrollador.

Filomena es un personaje de entretelones y de presencia casi invisible. No irrumpe espectacularmente protagonizando escenas melodramáticas. Mujer bondadosa, madre querendona, perspicaz y sufrida, se resigna sin rebeldía a la infidelidad de Javier, atrapado por su fuerte instinto materno y por su fe inquebrantable en la adivina. Lo ve alejarse con pena, lo acepta después con estoicismo, esperando que pronto pasará la pesadilla.

La auscultación síquica de Javier es sin duda la más subyugante para el lector y sin saber por qué *Duermevela de Amor* se impone con su persistente ritmo de vivencias.

Hay aquí algo más que ficción novelística. El estremecimiento de lo vivido, la percepción exacta del detalle, el juego peligroso de lo real y lo imaginario, la madeja espesa de angustias, temores, reproches, bravatas y suspensos, revelan no sólo poder auscultador de conflictos, sino el testimonio directo e implacable de la *Ultima Llama*.

¿Por qué el autoanálisis? ¿Es Filomena una esposa siniestra que dispara sus dardos después de medir con exactitud la distancia?

No; el sentido de culpabilidad es el que crea en Javier ese estado de inestabilidad moral, que se le impone, a pesar de sus arrebatos.

¿Premeditación fría y calculada? Tampoco. Lo que experimenta con disgusto no es un desequilibrio intelectual o la perversión de las ideas. El sabe que el aborto no puede ser coonestado y lo siente de verdad, pero es tal el raquitismo espiritual en que se halla, que el instinto lo domina con imperio irresistible.

Merino Reyes imprimió un violento ritmo al protagonista. ¿Se le dispara sin poderlo sofrenar? ¿Qué hará el novelista? Sin recurrir al manido desenlace del crimen o del suicidio, deja caer violentamente el telón cuando Ofelia lo rechaza cínicamente. Es el golpe certero, el desengaño final, del que culpablemente se hizo cómplice.

Se cumplía así el vaticinio y Filomena sin saberlo le preguntaría una vez más: ¿Cómo te fue? Javier podría responder ahora mientras sangraba su herida: ¡Bien, querida!

Ultima Llama no es recomendable para menores ni para espíritus entecos, pues como ya lo advertimos, se detiene innecesariamente en los rasgos obscenos, que poco añaden al contenido humano de la obra. Desperdició, en cambio, el análisis más a fondo de las dos hijas, Paty e Isabel, hábilmente concebidas y fragmentariamente desarrolladas. Ambas estaban llamadas a jugar un papel importante de contrapartida, que hubiese ampliado y enriquecido la urdimbre de la novela.

Luis Merino Reyes no se circunscribió al ya fastidioso triángulo erótico. Al entrelazar con ingenio los estallidos de una pasión febricitante y las zozobras interiores, dio a su obra proyecciones de resonancia humana.

FRANCISCO DUSSUEL
S. J.



La Fiesta del Rey Acab, novela de ENRIQUE LAFOURCADE.
Editorial del Pacífico. Santiago, 1959

ABRE WILLIAM KREHM el capítulo dedicado a Trujillo en su *Democracia y Tiránias en el Caribe* diciendo: "Si figurara en una novela un personaje como Trujillo, habría sido desechado por los críticos por su improbabilidad" (p. 235). Afirmación que justifica luego en 30 páginas que acumulan más horrores que las 300 de *No Orchids for Miss Blandish* de J. Hadley Chase. Con ellas, Enrique Lafourcade ha escrito una novela, *La Fiesta del Rey Acab*, en que los horrores del testimonio de Krehm, sin variar mayormente ni en su contenido ni en su secuencia, se hacen portadores de un sentido último hondo y general por su conversión en sustancia novelesca. Aunque menos muelle que leerla, es menester reflexionar sobre la novela para explicar esta peculiar metamorfosis.

Es menester insistir, primero, en su condición de *novela*, es decir, de obra de ficción, de invención, de timo. La advertencia levemente irónica que la precede nos lo está diciendo, a la vez que nos prepara para asistir, un poco como en el cine, a su desarrollo. Los versos de Guillén que le sirven de lema —"Los negros, trabajando / Los árabes, vendiendo / Los franceses, paseando y descansando / Y el sol, ardiendo"— deben templarnos *literariamente* para emprender su lectura. No será la historia de una experiencia personal. Ni un testimonio óptico de la pequeña República. Sólo una novela en que cierta *materia* dada —en este caso por un libro quemante— se someterá a una *manera* que la convierta en ficción. Buscar en ella un puro alegato político o pedirle exactitudes geográficas será pedir peras al olmo.

La manera cómo esta materia ha sido tornada en relato es similar a la de *Para subir al cielo*. Se trata de referir el asunto épico a un mito determinado, de "religar" la andadura novelesca a un sistema de verdades profundas enraizado en lo inconsciente colectivo. Esta "reiligación" otorga al relato una virtualidad significativa peculiarísima: lo enlaza al desarrollo mismo del lenguaje. Va éste del *mythos*, refracción simbólica de su conciencia primiti-